

US 4

NUEVA INFORMACIÓN

Ernesto López

**SEGURIDAD NACIONAL Y
SEDICIÓN MILITAR**



\$4.35

3

I. El peronismo y la Doctrina de la Defensa Nacional

1. Vigencia de la Doctrina de la Defensa Nacional durante el peronismo

El peronismo consagró a la Doctrina de la Defensa Nacional (DDN) como su doctrina de guerra. En una célebre conferencia dada en la Universidad de la Plata, a propósito de la inauguración de la Cátedra de Defensa Nacional, en 1944, Perón esbozó sus lineamientos fundamentales.

Le dió el nombre de "Significado de la Defensa Nacional desde el punto de vista militar" y la comenzó diciendo: "Mi investidura de Ministro de Guerra me obliga a aceptar tan insigne honor...", en clara referencia a la invitación que se le había formulado para que fuese el primero en ocupar la tribuna de la nueva cátedra¹. No pueden caber dudas, pues, de que Perón hablaba *como militar* y *en forma oficial*: a través suyo hablaba el Ejército.

La nueva orientación doctrinaria venía a reemplazar a la que había prevalecido durante el período precedente, dominado por las ideas del Gral. Agustín P. Justo y las de su primer ministro de Guerra, el Gral. Manuel Rodríguez. La DDN se entronizaba, así, como resultado del golpe de junio de 1943, que había dado por tierra con el régimen de la Concordancia inaugurado por el Gral. Justo

¹ Puede consultarse el texto completo de la conferencia, entre otros, en la antología de las alocuciones, etc., referidos por Perón a las Fuerzas Armadas, editado por Peña Lillo, titulado: *Perón y las Fuerzas Armadas*, Buenos Aires, 1982.

en 1932, conocido popularmente, luego, como "la década infame". El peronismo, naturalmente, la hizo suya y la desarrolló mientras fue gobierno.

Puede decirse, sintéticamente, que la DDN se construía a partir de las modestas hipótesis de guerra que podía definir la Argentina: guerras locales contra países cercanos. Contra Chile y contra Brasil, que eran, históricamente, los vecinos conflictivos. Con el primero perduraban viejas disputas limítrofes. Hacia finales de siglo se había producido un conato de guerra por esas causas, que se repitió a comienzos de 1930. Con Brasil existía el antecedente de una contienda librada en el siglo pasado y una rivalidad por el liderazgo en América del Sur². Por añadidura, desde el ingreso de los EEUU a la Segunda Guerra Mundial, los habituales márgenes de equilibrio estratégico entre ambos países (Brasil y Argentina) se habían alterado en favor de aquél. Brasil, que había entrado a la guerra, y había mandado una fuerza expedicionaria a combatir a Europa a la vez que había concertado un pacto defensivo bilateral con los EEUU, era abundantemente abastecido de material bélico. Argentina pagaba, en cambio, su neutralidad con el desabastecimiento.

Este procedimiento se utilizaba como instrumento de presión, la que se complementaba con algunos amagos de amenaza para hacerse más eficaz.

Nuevamente puede ofrecerse el insospechable testimonio de Lieuwen: "A principios de 1944, Roosevelt envió armas adicionales e instrucciones al Brasil para permitir a ese país situar 'dos o tres divisiones cerca de la frontera argentina' para impresionar 'a la actual pandilla militar que gobierna la Argentina'"³. El conflicto posible era, pues, con los vecinos y la modalidad de la guerra previsible era la clásica o convencional. En esto no había diferencia con el modelo vigente en el período precedente.

Donde sí lo había, sin embargo, era en la manera de pensar y organizar el esfuerzo nacional para la guerra. La contienda mundial había desarrollado al máximo el carácter total de los conflictos bélicos.

² Cf. Scenna M.A.: *Los Militares*, Ed. de Belgrano, Buenos Aires, 1980, p 169 y p 105 ss respectivamente.

³ *Op. cit.*, p 237. Lieuwen extrae las citas en particular y remite en general al Hull Cordell: *Memoirs*, Mac Millan, N.York, 1948, vol. 2, p 1390 ss.

La guerra no hacía distinguos ya, como antaño, entre frentes y retaguardias alejadas e incluso poco comprometidas con la lucha. La aviación demostraba que podía sembrar la destrucción en lugares muy alejados de los frentes de combate. Pero además, el destino de la misma se jugaba en las batallas terrestres, marítimas o aéreas, pero también en el campo político y económico. Al esfuerzo de guerra debía contribuir la totalidad de una nación envuelta en ella y de ese esfuerzo dependía el futuro. El desarrollo de la guerra total llevaba al afianzamiento de la noción de *Nación en armas*, que Perón caracterizaba de la siguiente manera: "Un país en lucha puede representarse por un arco con su correspondiente flecha, tendido al límite máximo que permite la resistencia de su cuerda y la elasticidad de su madero... Sus fuerzas armadas están representadas por la piedra o el metal que constituye la punta de la flecha, pero el resto de ésta son la nación toda, hasta la mínima expresión de su energía y poderío"⁴. El peronismo se cionó a este modelo, que reclamaba, además, un esfuerzo industrializador en la mayor medida posible y tornaba aceptable una reforma social que elevase la calidad de los recursos humanos que abastecerían a las fuerzas armadas, desde sus cuadros de oficiales hasta los conscriptos incorporados. Pero no lo hacía sólo por una convicción teórica o conceptual. El modelo precedente - el de Justo y Rodríguez - se había demostrado inviable durante la guerra. El mercado internacional, a pesar del cuantioso superavit comercial argentino, no fue útil para resolver los problemas de abastecimientos bélicos. Y como ya fue dicho, la capacidad de decisión soberana de la Argentina fue puesta a prueba por la presión norteamericana. De aquí que se potenciase la noción de *Nación en armas* y se pasase a valorar positivamente el esfuerzo propio en materia de explotación de productos básicos y de industrialización⁵.

La DDN contenía un modelo de Nación sustancialmente diferente del que había primado en la etapa anterior. En lugar de persistir en la pauta agroexportadora con un moderado desarrollo industrial sustitutivo de exportaciones que funcionase como "rueda menor" de la economía pastoril proponía un vigoroso desarrollo industrial, autónomo en el mayor grado posible. Para Perón, el

⁴ Perón y las Fuerzas Armadas, cit. p 35-36.

⁵ Cf. López E.: "Doctrinas militares en Argentina: 1932-1980", en Moneta C., López E. y Romero A.: *La reforma militar*, Legasa, Buenos Aires, 1985, pp 108 ss y p 116 ss.

"problema industrial" constituía el "punto crítico de nuestra defensa nacional"⁶. El poderío industrial era la llave que hacía fuertes a las naciones y les permitía fortalecer su capacidad defensiva. Claro ejemplo de ello eran los EEUU, que se habían convertido, especialmente en la segunda gran contienda, "en el arsenal de las naciones aliadas". Pero además, el esfuerzo industrializador debería alcanzar la industrialización de base. De nuevo en boca de Perón: "La defensa nacional exige una poderosa industria propia y no cualquiera, sino una industria pesada"⁷.

La elevación de las condiciones de vida de la población, el desenvolvimiento de una gran "obra social", estaba también contemplado en el modelo de nación contenido en la DDN. Mejores hombres hacían mejores soldados, de general para abajo. Todo convergía. Por un lado, el esfuerzo industrializador orientado a superar el orden agroexportador ligado al viejo Estado oligárquico. Por otro, la ampliación de los marcos de participación económica y política de los sectores populares, que era, a) un requisito de la defensa, b) funcional a la ampliación del mercado interno que, a su vez, convenía al objetivo industrializador, y c) apropiado para generar condiciones políticas favorables a una superación de los ordenamientos agroexportadores vigentes hasta ese momento.

La búsqueda de la independencia económica, tanto como la experiencia cosechada durante la guerra, indujeron, asimismo, una firme política de no alineamiento en materia de relaciones internacionales, con el objeto de sustraer al país de los hegemonismos de turno. El tercerismo se convirtió, así, en un nítido componente de esta concepción doctrinaria.

La DDN, finalmente, planteaba una pauta de relaciones cívico-militares de subordinación al poder constituido, ajustada a las normas constitucionales. Un poco más adelante, sin embargo, vemos que este esquema, luego de la intentona fallida del Gral. Benjamín Menéndez en 1951, fue dejado de lado, constituyendo este abandono un fuerte factor de descontento castrense respecto del régimen peronista.

A pesar de que la visión liberal - que había caracterizado la eta-

⁶ Perón... cit., p 44.

⁷ Ibid., p 46.

pa Justo/Rodríguez⁸ - siempre se mantuvo como núcleo minoritario, las nuevas orientaciones doctrinarias fueron ampliamente aceptadas en el Ejército. Contaban a su favor con una sólida coherencia interna que posibilitaba presentar sus programas de reformas y transformaciones socioeconómicas y políticas como absolutamente compatibles con las necesidades de la defensa. Lo que le permitía decir a Perón, por ejemplo, "la defensa nacional es así un argumento más, que debe incitarnos para asegurar la felicidad de nuestro pueblo"⁹.

No había, como quizá podría desprenderse de algunos de los planteamientos anteriores, un sobredimensionamiento de factores políticos que jugase a favor de una manipulación de la problemática militar y de los propios militares. Por una parte, porque es normal que quién hace la guerra, o debe prepararse para hacerla, se interrogue acerca de los medios con que cuenta para llevarla a cabo. Trasladado el razonamiento al plano de las doctrinas, resulta normal que éstas contengan consideraciones sobre la guerra, evaluaciones sobre el contexto internacional, y apreciaciones sobre el ordenamiento nacional interno, sus recursos y posibilidades, que serán el soporte de la posibilidad de sostenerla. De hecho, además, concepción de la guerra y concepción de la nación son dimensiones presentes en toda doctrina militar. Por otra parte, porque la DDN tuvo un exhaustivo desarrollo en el plano específicamente militar. Las hipótesis de guerra se tradujeron en planes operativos; éstos, a su vez, se elaboraron, mejoraron y actualizaron permanentemente; el despliegue territorial se realizó conforme a sus orientaciones; la formación de oficiales y los cursos de estado mayor se estructuraron en consonancia con aquella; las maniobras y ejercitaciones sobre el terreno, así como los juegos de guerra, seguían, todos, los rumbos trazados por el "Plan Operativo de A contra B - C" (Argentina contra Brasil y Chile); el desarrollo de una industria bélica y, en fin los reglamentos de conducción se inspiraban en la DDN.

⁸ En líneas generales el modelo liberal, en sus rasgos esenciales, tuvo vigencia desde, por lo menos, la reforma Ricchieri. Aquí se lo refiere a la etapa Justo-Rodríguez por su proximidad a la etapa dominada por Perón. De otro modo, deberían precisarse los rasgos adquiridos por dicho modelo liberal durante el radicalismo y aún en la etapa conservadora, lo que excede los requerimientos de este escrito.

⁹ Perón..., cit., p 43.

Cabe mencionar que durante el peronismo tuvo lugar una verdadera *reforma militar*, bajo la inspiración de la DDN. Ya en 1943 se había creado la 7a. División con asiento en la provincia de Corrientes y algunos destacamentos de montaña en el sur¹⁰. Las innovaciones de fondo vinieron con la finalización de la guerra. Se separó la Aeronáutica como fuerza autónoma, vista su importancia y desenvolvimiento durante el conflicto. Y se modernizó el Ejército, en el que se puso en marcha una transformación fundamental: su *pasaje desde el estadio hipomóvil hacia la motorización*. Asimismo, tomando experiencia una vez más de la guerra que finalizaba, se incorporaron también los blindados. La motorización era una insoslayable exigencia de los tiempos: las mulas y caballos no podían ya, en la segunda mitad del siglo XX, continuar siendo la base de la tracción de los equipos (y de una rama de los combatientes en el caso de la caballería). De modo que al amparo de la bonanza económica por la que atravesaba el país, se avanzó sostenidamente en ese terreno. En materia de blindados se compraron 211 tanques Sherman, 150 Crusader, 7 Centauro y 3 tractores para municiones, que permitieron crear la Primera División Blindada y el Destacamento de Exploración Mecanizada. También, en vista de la situación de tensión que se vivía con Brasil y respondiendo al propósito modernizador, se creó un destacamento de monte, que se desplegó sobre Misiones y el Chaco. Es decir, que también se avanzó en esta especialización lo mismo que en las tropas de montaña. Poco antes de la caída de Perón en 1955, el Ejército contaba con 4 cuerpos de ejército (cada cuerpo equivale a tres divisiones) y una agrupación (equivalente a una división reforzada). Ellos eran: el cuerpo mecanizado de Buenos Aires; el Cuerpo II, de vigilancia de la frontera con Brasil, desplegado sobre nuestra mesopotamia y adyacencias; el Ejército de los Andes, compuesto por cuatro destacamentos de montaña; el cuerpo blindado y mecanizado; y la Agrupación Patagónica motorizada. Para la época, un envidiable diagrama, moderno y bien entrenado¹¹.

¹⁰ Un destacamento se compone, en términos generales, de un regimiento, un grupo de artillería, una compañía de comunicaciones y una compañía de zapadores. Equivale, prácticamente, a media división. Una división tiene tres regimientos y las mismas restantes unidades de un destacamento.

¹¹ Expresión de esta reforma, en el plano jurídico, fue la sanción, en

Todo este desarrollo se realizó, como ya se ha señalado, al amparo de la DDN. Debe señalarse, asimismo, que con base en la situación asiática que contenía cuestiones tan urticantes como la revolución china y, luego del triunfo de ésta, la guerra de Corea, se manejó también una hipótesis de conflicto a escala del mundo. Es decir, el estallido de una tercera guerra mundial.

Hemos visto en la primera parte de este trabajo que en los propios EEUU había fuerzas que no temían correr el riesgo de desencadenarla. De manera que parece natural que en la Argentina, así como en cualquier otro país del mundo, se tomase la previsión de considerar su probable estallido. Ciertamente es que en el momento inicial de la guerra de Corea, Perón asumió una actitud de apoyo a los EEUU. Esto no quita, empero, que buscara garantizar la defensa argentina en base al esfuerzo propio. Porque, como es fácilmente comprensible, los eventuales conflictos regionales que involucraban a la Argentina no iban a desaparecer por el sólo hecho de que ésta apoyara al país del Norte en la contienda coreana. De aquí que se mantuviesen las hipótesis de guerra con las que venía trabajando ya desde antes.

Todo esto dió como resultado que la DDN tuviera un respaldo masivo dentro del Ejército. Este adquirió, para esas fechas, un grado de organización y profesionalidad que *nunca habría de recuperar posteriormente* y que obviamente se traducía en una tendencia hacia la aceptación y la conformidad con la Doctrina. Aceptación y conformidad que no arrancaban de elementos políticos sino de consideraciones estrictamente profesionales. Se aceptaba la DDN por su pertinencia militar, lo cual traía aparejado, como un segundo movimiento, la aceptación del modelo de Nación que aquella sustentaba. La congruencia que ya se ha señalado entre concepción de la guerra y concepción de la nación, conducía a que el modelo peronista de Nación no requiriese de los uniformados identificaciones políticas, sino simplemente profesionales: para aceptarlo bastaba con ser un buen soldado. Esta forma del consentimiento fue llevada al extremo de separar la conformidad con la Doctrina del apoyo a Perón. Tal fue el caso de los generales. Lonardi, jefe de la revolución del 55, Uranga, Forcher, Francisco Imaz, entre otros,

1948, de la ley 13.234 "Organización de la Nación en Tiempos de Guerra", que fue la primera ley de defensa con que contó el país.

que sin abandonar una visión nacionalista de la política y el país, estuvieron contra Perón en la fecha mencionada arriba. Esta cuestión tiene aristas sumamente interesantes sobre las que se volverá más adelante. Debe completarse, previamente, el cuadro del acatamiento de la Doctrina que se había comenzado a dibujar precedentemente.

Sobrevivió dentro del Ejército, un núcleo de oficiales ligados a la visión liberal del país. Adscriptos a la tradición militar que en su momento expresaron los Grales. Justo y Rodríguez, fueron rupturistas¹² durante la Segunda Guerra Mundial y furiosamente antiperonistas.

Formaron junto a los que encarcelaron a Perón el 8 de octubre de 1945, dando inicio a esa singular semana de la historia argentina que culminó el 17 de octubre de 1945. Y alimentaron todos los intentos golpistas ocurridos entre 1946 y 1955.

La Marina, por su parte, se mantuvo también ligada mayoritariamente a la visión liberal. Sus puntos de ruptura con la DDN no pasaban tanto por los asuntos bélicos, cuanto por su disconformidad con el modelo de Nación que aquella proponía y con la reforma social que alentaba. Sus relaciones con el poder político reflejaban estos conflictos y eran fuente de otras querellas. Jamás le perdonaron a Perón el hecho de que hubiese movilizado a los "cabezas negras" y menos aún asimilaron la figura de Eva Perón. Si bien hubo sectores de la fuerza que no participaron de esta forma de mirar las cosas, como por ejemplo los "antárticos"¹³, que nunca dejaron de reconocer todo lo que el jefe del justicialismo había hecho para afianzar la soberanía argentina en el remoto sur, no puede dejar de reconocerse que la visión liberal fue ampliamente mayoritaria.

La Aeronáutica, formada en 1945, o sea, estando ya en vigencia la DDN, y como desgajamiento de una rama del Ejército fue, en cambio, ampliamente favorable a las nuevas orientaciones doctrinarias.

¹² Se designa de esta manera a los oficiales que exigían el abandono de la neutralidad y la ruptura con el Eje.

¹³ El antartismo se convirtió de hecho, con Perón, en una especialidad de nuestras FFAA.

2. Las relaciones cívico-militares

En un primer momento, Perón se ciñó estrictamente a las disposiciones de la DDN en materia de relaciones cívico-militares. Estas exigían la subordinación de las fuerzas militares al poder político, así como una alta profesionalidad de aquéllas; la complementación entre concepción de la guerra y concepción de la nación, de la que se derivaba un consentimiento general hacia el modelo de desarrollo nacional en vigencia, como así también ciertos compromisos puntuales de las Fuerzas Armadas en materia, por ej., de industrialización (Fabricaciones Militares, siderurgia, fabricación de aviones, de armamentos, etc.); una clara delimitación de los niveles de conducción política de las fuerzas (en aquella época, los ministerios de las respectivas fuerzas) y de los niveles de conducción propiamente profesionales (comandancias en jefe de cada una de aquéllas); y la primacía de los merecimientos profesionales en materia de ascensos y destinos. Como se ve, un planteamiento *moderno*, como diría Max Weber. Se planteaba la subordinación militar al poder político, pero se delimitaban los espacios donde era legítima la política (los ministerios). Los mandos militares que respondían a la estructura escalafonaria normal debían avocarse a lo suyo y no debían inmiscuirse en política; no obstante nadie ignoraba el compromiso político global que tenían las Fuerzas Armadas con el esfuerzo para elevar la capacidad defensiva del país. Compromiso general, tanto con la guerra como con el esfuerzo para mejorar las condiciones para sustentarla; delimitación precisa de lo político y de lo profesional en materia de instancias de conducción; recorte de lo institucional-profesional como espacio regido por los merecimientos y las capacidades. Tales los principios básicos de la pauta de relación cívico-militar propuesta por la DDN. Como hemos dicho más arriba, Perón se ciñó a ellos en los primeros años de su gobierno.

Esto comenzaría a cambiar en 1951, con el levantamiento del Gral. Benjamín Menéndez. Oficial retirado del servicio activo en 1942, este general originariamente nacionalista no era la primera vez que se aventuraba por los azarosos caminos de los complots y de los golpes. Había comenzado a transitarlos durante la presidencia de Castillo, época en que inició "su carrera como perma-

nente conspirador de la década de 1950 y principios de la de 1960", al decir de Potash¹⁴.

En septiembre de 1951 encabezó un levantamiento militar en el que tomaron parte jefes y oficiales subalternos que serían, luego, conspicuas figuras del Ejército de la Revolución Libertadora. Aunque fue derrotado, encendió una señal de alarma, que sería ratificada por la conspiración de febrero de 1952, encabezada por el Gral. José F. Suárez. Esta, también abortada, sorprende tanto por la brutalidad de su concepto, cuanto por la desesperación que parecía animar a sus ejecutores: el plan consistía lisa y llanamente en asesinar a Perón¹⁵.

A partir de ese momento varió la actitud que el gobierno venía manteniendo en materia de relaciones cívico-militares. Desde entonces comenzó a abrirse paso una política de *control particularista* de las fuerzas, que básicamente reposó sobre dos mecanismos: la oficialización del adoctrinamiento y el privilegiamiento de las lealtades personales. Hay autores como Rouquié, que señalan que se trató de "un intento de peronizar al ejército", lo cual parece bastante ajustado a la realidad, aunque su impresión de que se procuraba "transformar al ejército en una cuarta rama del movimiento peronista" probablemente sea exagerada¹⁶.

En 1953 apareció el *Reglamento para adoctrinamiento, educación e instrucción del ejército* y un *Manual de doctrina y organización nacional*, que circuló en los institutos castrenses. Ese mismo año se habían hecho obligatorias en el Ejército, las clases de adoctrinamiento. Al año siguiente, la Doctrina Nacional se convirtió en materia obligatoria del Colegio Militar y de la Escuela de Guerra. Perón esperaba mucho de esta iniciativa. En el discurso que pronunció ante los generales recién ascendidos, a fines de 1954, por ej., dijo: "El adoctrinamiento nacional representa para nosotros el punto de partida de una Nueva Argentina... Por eso damos a este adoctrinamiento una importancia extraordinaria. Yo observo especialmente en el ejército, que ese adoctrinamiento progresa y progresa constructivamente... Me satisface, como ciudadano y como soldado que este adoctrinamiento progrese y que se vaya haciendo carne efectiva en la sinceridad y en la lealtad de los

¹⁴ Potash R.: *El Ejército y la Política en la Argentina* (I), Sudamericana, Buenos Aires, p 218.

¹⁵ Cf. Rouquié.: *op. cit.*, p 95.

¹⁶ *Ibid.*, p 93.

que mandan"¹⁷. Pero la realidad era esquivá a estos deseos de Perón. El adoctrinamiento no cayó bien ni siquiera entre los propios oficiales que simpatizaban con el peronismo. Aparte del forzamiento del libre albedrío que implicaba - siempre poco aceptable, por cierto - los profesores y/o disertantes que lo impartían carecían, por lo común, de relieve y convertían a la materia en insustancial¹⁸.

Por lo que respecta al privilegiamiento de las lealtades personales, debe decirse que tras la fallida intentona de Menéndez se inició un proceso tendiente a asegurar que los mandos de las unidades más importantes recayesen en oficiales fieles al gobierno. Inmediatamente después del golpe - cuyos implicados fueron juzgados y condenados a través de los mecanismos jurídicos en vigencia en ese entonces - se dictó la ley 14.063, que le otorgaba un plazo de 180 días al Poder Ejecutivo para "reajustar" los cuadros de las instituciones armadas. Se le concedieron al gobierno facultades para disponer traslados y pases a retiro, y también para efectuar ascensos fuera de término¹⁹. Así se inició esta política que privilegiaba la fidelidad. Se continuó en 1952 - luego del fracaso de la conspiración del cnel. Suárez - a partir de la orden general nº 1, dictada por un organismo especial de seguridad adscripto a la presidencia, que se denominaba Control de Estado. Dicha orden establecía, entre otras cosas, que en lo sucesivo, los puestos de mando de las unidades del Gran Buenos Aires deberían caer, exclusivamente, en oficiales leales al justicialismo²⁰. Puede decirse, para terminar de ilustrar este proceso, que en 1954, hubo coroneles en condiciones de alcanzar el generalato, que no fueron promovidos por no estar "adoctrinados"²¹.

Todo esto se desarrollaba en una atmósfera caracterizada por una exaltación de la figura de Perón - se llegó a bautizar con su nombre a instalaciones o unidades militares - y una desmedida tendencia de los altos mandos a formular promesas de lealtad al presidente, por momentos rayanas en la obsecuencia. Esa atmósfera,

¹⁷ Cf. Potash R.: *op. cit.*, t. II, p 234-235.

¹⁸ Cf. Rouquié A.: *op. cit.*, p 94.

¹⁹ Cf. Scenna M.A.: *op. cit.*, p 234.

²⁰ Cf. Rouquié A.: *op. cit.*, p 95.

²¹ Cf. Potash R.: *op. cit.*, p 234. Este autor relata el caso del cnel. Pedro Castiñeiras. No fue el único, como el lector tendrá oportunidad de ver un poco más adelante.

por otra parte, se enriquecía por algunas prácticas prebendarias como la de adjudicar automóviles a los oficiales leales.

Estos cambios en las pautas de relación entre las instituciones militares y el poder político, introducidos desde el propio gobierno, no modificaron las otras dos grandes dimensiones básicas de la DDN: la concepción de la guerra y la concepción de la Nación. Las orientaciones típicas de estos dos planos convivieron con los cambios en las pautas de relación antedichas.

Las iniciativas desarrolladas desde el gobierno, sin embargo, arrojaron un resultado diferente del que buscaban. En lugar de ganar lealtades las resintieron. Quienes aceptaban la DDN en virtud de su validez militar, es decir, quienes adherían a ella por razones estrictamente profesionales, se vieron de pronto confrontados a una situación que los involucraba, contra su voluntad, con la cruda realidad de la política. Naturalmente, esto no generaba simpatía entre dichos oficiales que constituían el grupo más numeroso dentro del Ejército.

Debe, sin embargo, valorarse adecuadamente el impacto de todo lo anterior sobre la oficialidad del ejército. Perón tenía mucho crédito dentro de éste. La reforma militar que estaba apurando y el alto grado de profesionalidad al que había logrado llevar las instituciones militares, le habían valido gran reconocimiento. Por otra parte, su manejo de las lealtades no excedía mayormente las habituales reglas del juego en este rubro. La exclusión de los golpistas y los conspiradores era obvia; nadie esperaba que armase a quienes querían derrocarlo. La preocupación por contar con jefes de unidades fieles era, en buena parte, un resultado inevitable de las intenciones de 1951 y 1952. Entregarlas a quienes pretendían voltearlo hubiera sido absolutamente irracional. Por lo demás, la mayoría de los jefes leales designados al frente de aquéllas eran buenos oficiales. Vale decir que la lógica política de las designaciones no estaba necesariamente feñida con los merecimientos profesionales. El problema podría haberse presentado, en todo caso, entre los oficiales "profesionalistas", es decir, los no comprometidos políticamente. ¿Fueron éstos postergados en virtud de su ausencia de color político? Hubo indudablemente casos en que sí lo fueron, especialmente entre los oficiales superiores²² en con-

²² Esta categoría comprende los grados de coronel hacia arriba.

diciones de ascender.

Pero en este plano también se debe ponderar el juicio: los ascensos en dicho nivel siempre estuvieron condicionados por factores políticos, antes, durante y después del peronismo. Véanse a título de ilustración los siguientes ejemplos. Durante la época de la primacía del orden conservador, el cnel. Estanislao López permaneció 14 años en el grado de teniente coronel. En aquel entonces no se había implantado aún el retiro obligatorio, que llegaría recién en 1915 con la Ley 9.675. En el año 1913 dicho coronel alcanzó un acuerdo con el ministro de Guerra, el gral. Gregorio Vélez, que era su amigo - pertenecían a la misma promoción y era, además, su compadre - consistente en que López sería promovido a coronel con el compromiso de retirarse al poco tiempo. Quedaba liberado de este modo un espacio en el grado inmediatamente inferior, que el ministro quería usar para ascender a uno de los suyos (presumiblemente a su propio hermano Francisco). Las cosas sucedieron finalmente de esa manera; el congelamiento de López se debía a que había sido revolucionario en el 90 y radical yrigoyenista de la primera hora. Cuarenta años más tarde su hijo, también de nombre Estanislao, brillante oficial que había sido el primero en su promoción y había servido en el ejército alemán entre 1937 y 1938, lo cual era una verdadera distinción para los usos de la época, pedía su retiro con el grado de coronel: no había sido considerado para el ascenso a general, a pesar de sus antecedentes, por carecer de adoctrinamiento. Corría, naturalmente, el año 1954. Finalmente, el caso de Ernesto, otro de los hijos del coronel yrigoyenista, que alcanzó el grado de general de brigada. Seleccionado por la Junta de Calificaciones para ascender a general de división a fines de 1967, no fue promovido por expresa disposición del gral. Julio Alsogaray, en ese entonces Comandante en Jefe del Ejército, quien se amparó en atribuciones perfectamente legales, aunque tácticamente jugaban razones políticas.

De manera entonces que la digitación política de los ascensos en los grados de oficiales superiores - son los grados que nuestra Constitución prevé que deben ser acordados por el Senado para ser otorgados lo cual constituye una modalidad distinta de control político sobre los mismos - no fue exclusiva del peronismo.

No puede exagerarse el malestar que habría producido durante la vigencia de éste, porque se acomodaba a prácticas comunes desde hacía muchos años. En cuanto a la discriminación de los oficiales "profesionalistas", tampoco puede decirse que haya sido tan gra-

ve. Muchos de ellos tuvieron mando de tropa y designaciones en los más importantes puestos del Estado Mayor, dependiendo los nombramientos, en general, de los merecimientos profesionales de cada quién. Sólo quedaron vedados para ellos los mandos de las unidades más fuertes de Capital y Provincia de Buenos Aires, y los puestos clave del Estado Mayor.

Los que sí resultaron una fuente de malestar y discordia fueron el adoctrinamiento, los excesos adulatorios y las prácticas prebendarias. Como ha sido señalado anteriormente, repercutieron en el sentido de resentir las lealtades y neutralizar los ampliamente aceptados, en un comienzo, mecanismos formalizados de subordinación al poder político. Es muy numerosa la lista de oficiales superiores que, sin abandonar las concepciones sobre la guerra y sobre la nación típicas de la DDN, se volvieron contra Perón, entre otros: Lonardi, Uranga, Bengoa, Imaz, etc. No puede decirse que hayan roto exclusivamente por la diferencia que mantenían respecto del tipo de relación a establecer entre las fuerzas armadas y el poder político. Pero es evidente que esa diferencia, agregada a otros factores, jugó un papel de no poca importancia en dicha ruptura.

II. El abandono de la Doctrina de la Defensa Nacional

1. La situación política general previa al derrocamiento de Perón

Hay una coincidencia prácticamente total de los autores que bajaron el tema en señalar que en los episodios de septiembre de 1955, que culminaron con el derrocamiento de Perón, la correlación de fuerzas militares favorecía ampliamente a éste. También hay coincidencia en reconocer que su derrota fue ante todo política; que faltó convicción en las fuerzas leales para reprimir a los rebeldes y que no fueron pocos los oficiales que, aún simpatizando con el peronismo, se mostraron renuentes a actuar contra la rebelión.

En un sentido parecido puede analizarse la figura del Gral. Eduardo Lonardi, jefe de los insurrectos. Este general no era en absoluto un exponente de la corriente interna liberal, que había sido desplazada entre 1943 y 1946 de la posición predominante en el Ejército¹ y había sido derrotada nuevamente en 1951 y 1952, tras los fracasos de Menéndez y Suárez. Era, por el contrario, un doctrinario de la defensa nacional en materia militar y, políticamente, un nacionalista. No pocos de los oficiales superiores que lo acompañaron respondían a esa misma caracterización. Tanto es así que esta circunstancia dio lugar a otra tesis muy recurrida, a propósito del 55: la de que los liberales habían "usado" a los nacionalistas,

¹ Cf. López E.: *op. cit.*, p 116 ss.

del mismo modo que había sucedido en el 30, cuando el derrocamiento de Yrigoyen.

En el Ejército se vivía una situación caracterizada por el deterioro de los mecanismos formales de acatamiento al poder constituido y de resentimiento de las lealtades hacia la figura de Perón, como consecuencia de las reacciones internas que producía la política que en el apartado anterior se ha denominado de control particularista de las instituciones castrenses. No puede decirse que existiese una actitud de ruptura generalizada, pero sí que dicha política producía descontento y generaba un estado de disponibilidad, esto es, de puesta entre paréntesis de las viejas lealtades y de expectación entre un número no despreciable de oficiales. Tampoco puede decirse que lo mencionado anteriormente significase una ruptura completa de dichos oficiales con la DDN. Si nos ceñimos al esquema sobre la estructuración de las doctrinas militares a partir de tres grandes niveles, expuesto en la Introducción de este trabajo, puede decirse que se planteaba una diferencia fuerte en el nivel de las concepciones acerca de las relaciones entre las FFAA y el sistema político - diferencia centrada en el rechazo de la política de control particularista - pero no en los dos restantes: la concepción de la guerra y la concepción de la Nación.

Existían también razones de otra índole, que proyectaban sus efectos hacia las instituciones armadas y se entrecruzaban con las anteriores para dar como resultado el estado de cosas descripto más arriba. Eran razones políticas que se alimentaban del progresivo deterioro de las relaciones y ahondamiento de las diferencias entre el oficialismo y la oposición, como así también del conflicto que se desencadenó entre el peronismo y la Iglesia. Todas estas circunstancias jugaron de un modo peculiar para que se bloquearan los mecanismos formalizados de ejercicio político del mando militar y se resintieran las lealtades hacia Perón. Lo cual dio lugar a que una voluntad minoritaria pero firme - la liberal - se fuera abriendo paso hasta conquistar tanto el control político del Estado, cuanto el de las instituciones militares, tras su caída.

Respecto del ahondamiento del enfrentamiento entre el oficialismo y la oposición debe mencionarse que el mismo tomó cuerpo en 1953. Las intentonas golpistas de 1951 y 1952 quizá pueden ser señaladas como el comienzo de una escalada. Abril de 1953 mostró ya una agudización del conflicto entre peronistas y antiperonistas. Para esa época, el gobierno se encontraba acosado por dos problemas: la inflación, fenómeno novedoso en la Argen-

tina de Perón y remiso a dejarse controlar, y la corrupción en los medios oficiales, evidenciada a través del caso Duarte. Con relación al primero, el gobierno había impulsado un acuerdo entre la CGT y la Confederación General Económica, en procura de frenar el alza de los precios. Y en cuanto al segundo, había creado una comisión investigadora encabezada por el Gral. Bengoa. A poco de iniciada, Juan Duarte, hermano de Evita y secretario privado de Perón, se suicidó. No obstante el cuidado con que el gobierno se había manejado en ambos casos, la presión política opositora crecía. Esto motivó un discurso de Perón, el 8 de julio de 1953, en el que entre otras cosas afirmó: "Hace diez años que vengo poniendo el pecho a los enemigos de afuera, y yo lo he de poner mientras tenga un hálito de vida, aunque no me acompañe nadie, porque sé que cumplo con mi deber. Pero señores, yo ya me estoy cansando. Son demasiados años de lucha y esto lo fatiga y lo cansa a cualquiera. Yo he de seguir mientras sienta el apoyo"². La respuesta de la CGT no se hizo esperar: convocó a un paro general y a una concentración en la Plaza de Mayo para el 15 de abril. Ese día, cuando Perón apenas había comenzado su discurso, estallaron dos bombas entre la multitud congregada en el lugar, causando, además del pánico y la consternación de los concurrentes, 6 muertos y 93 heridos. La reacción fue inmediata. Esa misma noche, grupos de peronistas irrumpieron en la Casa del Pueblo (socialista), en las sedes de los partidos Radical y Demócrata (conservador), y en el exclusivo Jockey Club, causando toda clase de destrozos. Además, en los días posteriores el gobierno detuvo a cientos de personas en procura de averiguar la identidad de los responsables del atentado y dispuso una serie de medidas de seguridad y vigilancia, entre las cuales se incluyó el arresto de dirigentes opositores³.

El clima de violencia se extendería todavía un tiempo, así como las provocaciones al gobierno y a sus seguidores. Potash, por ejemplo, relata que no obstante los esfuerzos gubernamentales de los primeros días para controlar la situación, los atentados continuaron. Según sus propias palabras: "...hubo estallidos de explosivos de menor potencia en varios lugares de la Capital, inclusive

² Cf., entre otros, Potash R.: *op. cit.*, p 211.

³ Entre estos figuraron A. Frondizi y R. Balbín, radicales; N. Repetto y A. Palacios, socialistas; y Adolfo Vicchi y R. Pastor, conservadores.

en las cercanías del Círculo Militar. Seis de esos estallidos se produjeron horas antes del mensaje anual que el presidente pronunciaría en el Congreso"⁴.

En junio de dicho año, a pesar de las circunstancias que se acababan de vivir, el gobierno puso en práctica una política de conciliación. Los conservadores se avinieron a ella, lo mismo que la fracción del socialismo que encabezaba Dickmann. Ni los radicales, ni el socialismo de Repetto y Palacios, en cambio, se mostraron dispuestos a un acuerdo. No obstante ello, en diciembre de 1953 se aprobó una ley de amnistía, que distinguía entre los delitos políticos cometidos por civiles y los cometidos por militares. Estos últimos, salvo decisión expresa del Ejecutivo, quedaban excluidos de los alcances de la mencionada ley.

Se llegó así a 1954 con un clima político bastante distendido. En abril se realizaron elecciones nacionales para cubrir el cargo de vicepresidente - el Dr. Quijano, había muerto en el ejercicio del mismo el 3 de abril de 1952 - y para renovar senadores. El peronismo ganó cómodamente con un 63% de los votos, contra un 32% de la UCR. Todo parecía indicar que terminaría por afirmarse la distensión y se volvería a una situación de relativa tranquilidad. Sin embargo no fue así. Hacia finales de 1954 se desató un conflicto entre Perón y la Iglesia, que reavivó los viejos rencores entre el oficialismo y la oposición, se sobreimpuso a los conflictos entre éstos ofreciéndoles un nuevo cauce, y tuvo repercusiones decisivas sobre la estabilidad del régimen peronista.

No se han puesto todavía en claro las razones de la ruptura de Perón con la Iglesia. Por lo común, los analistas se muestran sorprendidos. No alcanzan a comprender por qué el peronismo inició una querrela que habría de tener para él consecuencias funestas. Máxime si se considera que hasta ese momento las relaciones entre ambos habían sido de entendimiento y cordialidad.

Sea como fuere, todo parecería haberse iniciado con la creación de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES). La afiliación a este organismo otorgaba a sus miembros una serie de beneficios, como por ejemplo, el acceso a instalaciones deportivas y recreativas o la posibilidad de acceder a vacaciones gratuitas. A través de estos canales, el gobierno y el peronismo buscaban tener una presencia entre los jóvenes y aparecer como un referente político e ideo-

⁴ *Op. cit.*, p 213.

lógico. La Iglesia, afectada en la exclusividad de su influencia sobre los adolescentes, reaccionó en contra de la iniciativa y movilizó a la juventud de la Acción Católica Argentina para que compitiera con la UES por el apoyo estudiantil. Las relaciones se fueron tensando y, frente a la sistemática prédica hostil de aquella, el gobierno fue tomando una serie de drásticas medidas: el cierre del diario católico *El Pueblo*; la disminución de los feriados religiosos a sólo dos (Navidad y Viernes Santo), la derogación de la ley que autorizaba la enseñanza de la religión en las escuelas y la implantación del divorcio.

En mayo de 1955 el Parlamento aprobó una ley convocando a una reforma constitucional "en todo cuanto se vincula a la Iglesia y a sus relaciones con el Estado a fin de asegurar la efectiva libertad e igualdad de cultos frente a la ley". El 11 de junio, la Iglesia respondió con una masiva movilización, a la que se sumaron sin ambages diversos sectores de la oposición política, so pretexto de la procesión de *Corpus Christi*. Tres días después fueron expulsados del país los monseñores Tato y Novoa, acusados de ser los responsables de la mencionada movilización. El Vaticano respondió, el 16 de junio, con la excomunión de Perón.

Como ha sido señalado ya, la discordia religiosa se superpuso a las pugnas políticas y le ofreció a la oposición un nuevo y fundamental aliado, así como un canal privilegiado para manifestarse. Ahora bien, todo esto importa porque tanto las pugnas políticas del 53 cuanto las desavenencias religiosas del 54-55, que se convirtieron de hecho en una prolongación de las primeras, repercutieron sobre la oficialidad de las fuerzas armadas.

No fueron pocos los oficiales que se alejaron de Perón a raíz de esta circunstancia, que sumaba motivos de descontento a los que producía la política de control particularista sobre el Ejército. Así lo reconoció, por ejemplo, el Contralmirante Aníbal Olivieri, Ministro de Marina destituido con posterioridad al levantamiento de junio del 55, quién declaró ante el tribunal militar que lo juzgaba: "He sido peronista pero después de los ataques contra la Iglesia me es imposible seguir siéndolo"⁵.

⁵ En Rouquié A.: *op. cit.*, p 112.

2. Junio y septiembre: nacionalistas, peronistas críticos y liberales

Existe una abundante literatura, tanto de carácter testimonial cuanto analítico, sobre los alzamientos de junio y septiembre de 1955. No tiene sentido, en consecuencia, detenerse a examinar dichos sucesos detalladamente. Sí, en cambio, sería provechoso rescatar algunos rasgos que apuntalan la hipótesis del significativo papel desempeñado en los alzamientos por oficiales del Ejército que comulgaban -por lo menos comulgaron hasta ese momento- con la DDN, pero que rompieron con Perón. Dicho rompimiento se habría producido por el lado de la discrepancia en torno del control particularista del Ejército o por el de las diferencias en materia religiosa y/o en el manejo de las relaciones con la oposición, sin que esto significase poner en entredicho las orientaciones más generales de la mencionada doctrina militar. Los jefes militares -me refiero siempre al Ejército con exclusividad- de ambos alzamientos no pertenían a la fracción liberal que, a duras penas, sobrevivía dentro de aquél. Puede señalarse, también, que hubo oficiales que sin simpatizar con la causa golpista, se negaron a reprimir a los alzados o lo hicieron con debilidad y/o poca determinación para capitular, finalmente, ante fuerzas menores pero mejor dispuestas: también a ellos les pesaban las discrepancias con Perón. Estamos así, en realidad, frente a la conocida proposición que sostiene que los liberales "usaron" a los nacionalistas para dar el golpe y se apropiaron, luego, del triunfo. Esta tesis es constatable y, por lo tanto, puede considerarse valedera tal como está formulada. A los efectos de este trabajo, sin embargo, resulta de suma importancia preguntarse *por qué* ello fue posible y *cómo* resultó que, finalmente, los liberales se adueñaron del éxito (y del poder). Repasemos antes que nada los hechos, aclarando una vez más que enfocaremos de manera casi exclusiva al Ejército.

El movimiento de junio fue protagonizado por la Marina, un arma definitivamente filo-liberal y antiperonista. Sorprendentemente, empero, dos de sus tres jefes principales habían sido simpatizantes peronistas.

El Contraalmirante Toranzo Calderón, jefe de la conspiración e iniciador del movimiento, y el Contraalmirante Olivieri, Ministro de Marina quien, tomado al principio de sorpresa, se sumó al levantamiento una vez que estalló. Completaba el trío el Vice

Almirante Gargiulo, jefe de la infantería de marina, especialidad que tuvo una destacada actuación en la intentona, quién era el único no peronista. Toranzo Calderón había conseguido el apoyo de un significativo jefe dentro del Ejército. Sin embargo, debido a que adelantó el comienzo de la insurrección no pudo contar con su participación, ya que aquél no se hallaba en su comando ese día, sino en Buenos Aires. ¿Quién era ese personaje? El Gral. León Bengoa, Jefe de la IIIa. División de Ejército con asiento en Paraná. Este oficial había tomado parte en el golpe de junio de 1943 - que abrió las puertas al peronismo - y había sido el responsable de esclarecer, por orden del propio Perón, el sonado caso Duarte, como ya se ha mencionado. Era un doctrinario de la defensa nacional, un oficial de prestigio y un hombre que gozaba de la confianza del jefe del justicialismo.

El 1º de septiembre de 1955 se produjo el solitario levantamiento del Gral. Videla Balaguer, comandante de la IV Región Militar en Río Cuarto, Córdoba. Su pronunciamiento, que no tuvo acompañamiento alguno, fue algo así como un anticipo de lo que sucedería apenas unos días más tarde en la misma provincia. Videla Balaguer había sido simpatizante de Perón desde un comienzo y era titular de la Medalla de la Lealtad Peronista.

El estallido del 16 de septiembre tuvo por jefe al Gral. Eduar-do Lonardi⁶. Este hombre era también un doctrinario de la defensa nacional y un definido nacionalista católico en el plano político. Había formado parte, en la etapa conspirativa, del frustrado golpe de 1951. Había sido la cabeza de un grupo de oficiales de artillería, su arma, que finalmente decidiría no levantarse con Menéndez por desavenencias de último momento. Tras el fracaso de éste fueron igualmente procesados, pasados a retiro y/o encarcelados. El propio Lonardi estuvo preso hasta 1953. A pesar de que la pertinacia de su enfrentamiento con Perón podría sugerir lo contrario, no era un liberal. Tanto no lo era que fue una víctima de esta corriente, hacia finales de 1955. El Cnel. Ossorio Arana, quién sublevó en Córdoba la Escuela de Artillería poniéndola a disposición de Lonardi, había pasado a retiro a fines de 1951. Su salida del Ejército había obedecido a la dinámica normal de dicha fuerza y no a

⁶ Debe decirse que el organizador del movimiento fue el Cnel. Ossorio Arana. Puesto a la búsqueda de un general que lo encabezase, le ofreció primeramente la jefatura a Aramburu, que no la aceptó. Lonardi fue el segundo general tentado por aquel.

motivos políticos: no era oficial de estado mayor, razón por la cual sus posibilidades de alcanzar el generalato eran virtualmente nulas. Había sido, inicialmente, simpatizante del peronismo. El Gral. Julio Lagos, comandante de la guarnición de Cuyo - plegado inmediatamente al levantamiento de Lonardi - había sido también hasta ese momento simpatizante del peronismo.

Lo mismo puede decirse del Gral. Uranga, que procuró sublevar el Colegio Militar y tras fracasar en su intento, se unió a la Marina en Río Santiago. El único de los generales participantes en el golpe que tenía un perfil un tanto diferente de los anteriores, era Pedro E. Aramburu. Este había sido un profesionalista no comprometido políticamente hasta que decidió lanzarse a la conspiración antiperonista. Desarrolló, en este sentido, una paciente tarea, paralela a la que por otros carriles desplegaba Ossorio Arana y el grupo de Córdoba. Su participación en los sucesos de septiembre fue, empero, de poco relieve. Ossorio Arana le había ofrecido la jefatura del movimiento que estaba a punto de desencadenar en Córdoba, pero la rechazó porque juzgó que no estaban del todo maduras las condiciones para intentarlo. Producido el alzamiento, se trasladó hasta Curuzú Cuatía con el propósito de conseguir la adhesión de la guarnición local al movimiento. Fracasó y debió permanecer escondido hasta la definición del conflicto.

El Gral. Francisco Imaz - Jefe de Operaciones del Estado Mayor del Ejército - que tuviera alguna participación en la definición de la ambigua situación que había generado la elusiva nota de renuncia de Perón, era nacionalista⁷. Lo mismo el Cnel. Eduardo Señorans - Jefe de Personal del mencionado Estado Mayor - que era un señalado miembro del *staff* que acompañó las actividades conspirativas del Gral. Aramburu. Ambos, Imaz y Señorans, habían sido destacados elaboradores del Plan Operativo a que daba origen la hipótesis de guerra de A contra B-C (Argentina contra Brasil y Chile). Imaz, además, había sido el primer jefe de la división blindada organizada por Perón al término de la guerra en Europa, un destino prestigioso e importante, reservado a los leales.

La presencia de oficiales filoperonistas o nacionalistas en los puestos claves tanto del golpe de septiembre como en los hechos previos (Junio y Río Cuarto) resulta así indudable. Como se ha dicho ya, todos ellos adherían a la DDN aunque mantenían desacuerdos de diversa índole con la gestión de Perón. Criticaban el

⁷ Cf. Potash R.: *op. cit.*, p 283.

control particularista que aquél le había dado a la relación ejército-sistema político, o bien, estaban en desacuerdo con su política respecto de la Iglesia y con sus actitudes respecto de la oposición. Estas últimas cuestiones alimentaban las versiones sobre un Perón dictador o tirano que circulaban en diversos espectros de la opinión pública. Respondiendo a este estado de cosas, la contraseña de los golpistas de Córdoba había sido "Dios es justo" y la radio había propalado, el 22 de septiembre, después del triunfo, el siguiente mensaje: "Con la fe de Cristo y la Virgen del Rosario a quién el general que dirigió las operaciones de la ciudad ha ofrecido en voto su espada y la ha llamado Virgen de la Resistencia y de la Recuperación, hemos triunfado tal vez milagrosamente. No en vano en los pechos de los soldados y civiles, en las alas de los aviones, en las baterías de artillería se vio lucir un nuevo lábaro, una cruz y una V = Cristo Vence"⁸. Nada casualmente, tampoco, Lonardi había usado la expresión "dictador" para referirse a Perón, en su proclama revolucionaria de Córdoba.

Por otra parte, la presidencia de Lonardi, si bien fue breve, mostró claramente sus intenciones, que eran las de ese conglomerado de nacionalistas y filoperonistas críticos que habían roto con Perón. Sus célebres sentencias "Ni vencedores ni vencidos" y "La victoria no da derechos" enmarcaban sus aspiraciones últimas: volver a los orígenes, recrear el período 1943-46. Para lo cual era necesario evitar una eventual restauración liberal, tanto como lograr una rectificación del régimen peronista desnaturalizado por el despotismo, la corrupción y la burocracia. Aspiraba, por otra parte, a mantener el apoyo popular que había rodeado la gestión de Perón. En una proclama lanzada en Córdoba, por ejemplo, había dicho: "Sepan los hermanos trabajadores que comprometemos nuestro honor de soldados en la solemne promesa de que jamás consentiremos que sus derechos sean cercenados. Las legítimas conquistas que los amparan, no sólo serán mantenidas sino superadas..."⁹. Es decir, Lonardi aceptaba la justicia social y no se mostraba dispuesto a agredir al movimiento obrero. Respetaba los cimientos peronistas -si no todos, por lo menos algunos- aunque su intención era construir sobre ellos un nuevo edificio.

Puede decirse que las relaciones entre el peronismo y el nacio-

⁸ Rouquié A.: *op. cit.*, p 123.

⁹ Cf. entre otros, Romero Luis A.: *Los Golpes Militares, 1812-1955*, ed. Carlos Pérez, Buenos Aires, 1969, p 157.

nalismo fueron siempre ambivalentes. El primero había procurado peronizar al segundo, y éste nacionalizar al primero. Ninguno consiguió cabalmente su propósito. Si bien hubo sectores del nacionalismo que quedaron firmemente adheridos al peronismo, hubo otros que rompieron rápidamente con Perón. Lonardi pertenecía a éstos; expresaba a una fracción que tenía una no desdeñable consistencia dentro del Ejército. Pero, sin embargo, era insignificante en la sociedad. El sector liberal, en cambio, que había quedado reducido a una mínima expresión dentro de la institución, contaba con decisivos apoyos en la sociedad y entre los partidos políticos diferentes del peronista.

El grueso de la oficialidad del Ejército estaba constituido por el grupo profesionalista-legalista no comprometido políticamente, que respondía a los mandos orgánicos naturales, a pesar de que sus lealtades hacia Perón se habían resentido por las razones apuntadas más arriba. El triunfo del "lonardismo" - elaborado básicamente en el terreno político antes que en el militar - significó la destrucción del centro de gravedad del dispositivo militar construido por el peronismo. Lonardi procuró ocupar el vacío que dejaba Perón, pero su reconocimiento entre los legalistas no era ni por asomo semejante al que había gozado aquél. A pesar de ello, confrontando con los liberales, la correlación de fuerzas inicialmente lo favorecería: nótese que entre septiembre de 1955 y junio de 1956 ocuparon el Ministerio de Guerra Bengoa y Ossorio Arana, sucesivamente, y la Comandancia en Jefe, Julio A. Lagos. Pero esto era sólo una apariencia. Lonardi carecía de apoyaturas políticas sólidas extramilitares que lo respaldaran. La mencionada correlación de fuerzas imperante en el Ejército, no se correspondía con la que primaba en la sociedad. Aquí la superioridad de los liberales o de las fuerzas políticas dispuestas a apoyar al sector liberal era completa. Por añadidura, la caída de Perón no había significado, para los profesionalistas, sólo un cambio en el mando orgánico, sino la derrota de un proyecto político global. Bajo estas condiciones no se trataba, entonces, meramente de un asunto institucional. También se ponía en juego la relación poder político civil-mando militar. Habitados a no ofrecer resistencias al poder político civil, no podían dejar de reconocer esta vez que Lonardi, más allá de sus dotes militares, carecía virtualmente de reconocimiento en la sociedad política argentina. Esta cruda realidad, no del todo bien percibida por Lonardi, terminaría por modificar la situación de fuer-

zas dentro del Ejército, por cuanto generaba condiciones propicias para una arremetida liberal.

En rigor, los nacionalistas y los filoperonistas críticos no supieron descifrar las determinantes últimas y más fuertes contenidas en el drama argentino de aquella época. La tensión peronismo-antiperonismo era definitoria (y lo seguiría siendo durante mucho tiempo más). La derrota del polo 'peronismo' conducía inevitablemente a la entronización del otro.

Desenganchados del peronismo por cuestiones secundarias -ninguno de los actores principales del golpe en Ejército podía siquiera reclamar para sí el dilema de Olivieri: peronismo o catolicismo, pues la mayoría de ellos conspiraba desde antes que las relaciones entre Perón y la Iglesia se deterioraran- terminarían jugando, sin proponérselo voluntariamente, a favor de un proyecto político (pero también militar) con el que no coincidían y del que se hallaban tan alejados como del peronista.

3. El avance liberal

El triunfante golpe de Lonardi tenía un grueso componente liberal: la Marina. Esta fuerza, que había sido siempre renuente a aceptar la DDN - el adoctrinamiento, por ejemplo, no había podido implementarse en su interior debido al masivo rechazo que producía entre los oficiales - había reaccionado estrechando filas frente a las sanciones que sufriera con posterioridad a la intentona de junio. La importante base de Puerto Belgrano y la escuadra de guerra habían sido puntales del movimiento de septiembre, expresando una posición que sin dudas era predominante en esa fuerza.

El hecho de que el entonces contraalmirante Isaac Rojas - jefe de los marinos insurrectos - ocupara la vicepresidencia de la República, con el nuevo gobierno, no fue sino el resultado de esa significativa participación de la Marina en el alzamiento.

Por otra parte, la tensión "lonardismo" - liberales se hizo presente desde el primer día de la gestión del general triunfante en Córdoba, y se proyectó sobre dos planos especialmente: el político y el militar.

En el plano político fueron varias las arenas en que chocaron unos y otros. El gabinete fue una de ellas, en la que la disputa de